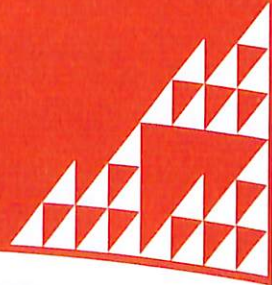
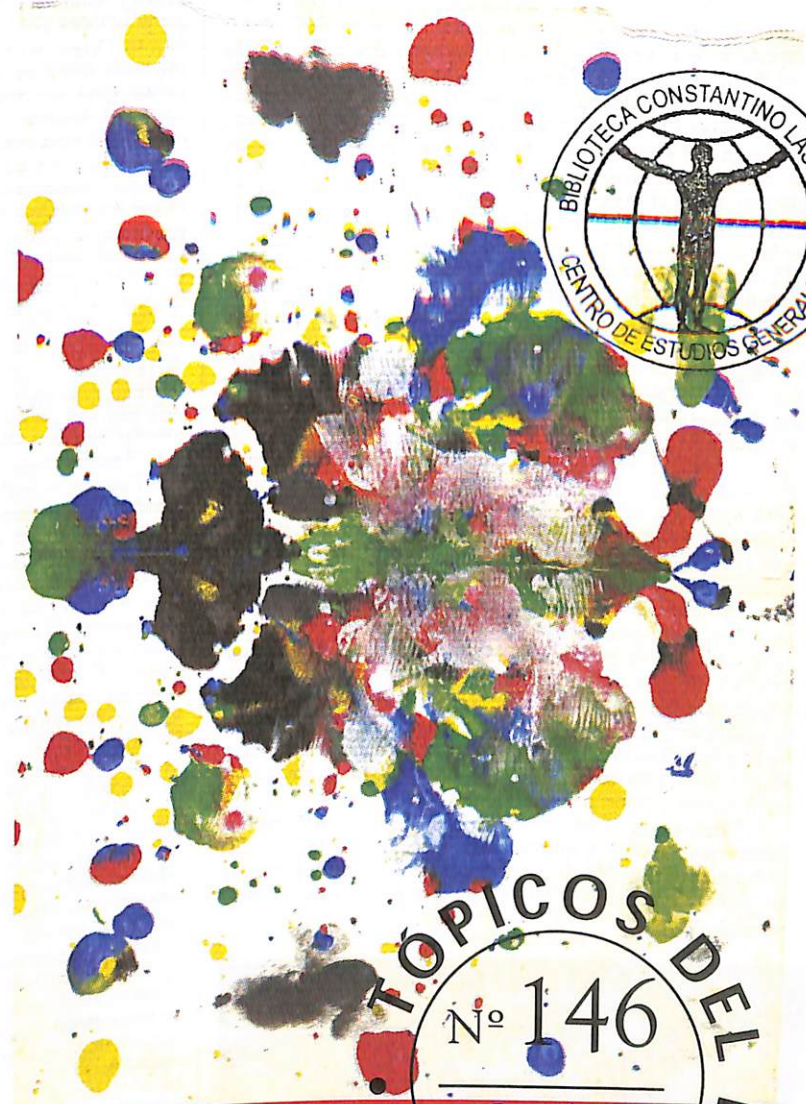


UNA UNIVERSIDAD
NACIONAL
COSTA RICA



ISSN: 1659-0872



TÓPICOS DEL
HUMANISMO
Nº 146
Octubre
del 2007

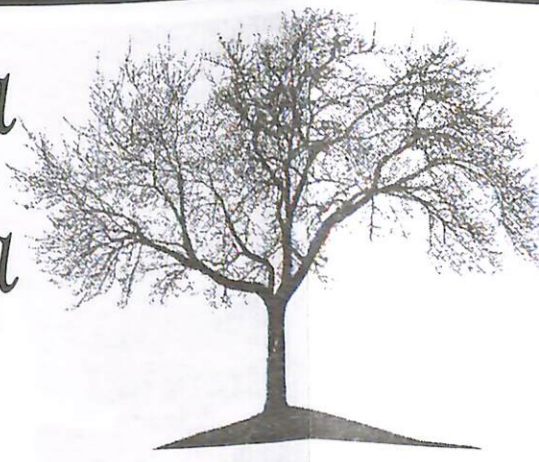
UNA
UNIVERSIDAD
NACIONAL
COSTA RICA



Ética, física y tecnología



Roxana Reyes Rivas



Jean Ladrrière en el capítulo 6 de su famosa obra *El reto de la racionalidad* afirma que el desarrollo científico y tecnológico puede tener impacto en varios aspectos de la ética: "extensión del dominio ético, creación de nuevos problemas éticos¹, sugerencia de nuevos valores, cambio en el modo de plantearse el problema de la determinación de las normas"².

En lo que sigue trataré de explicar cómo la física contemporánea, sobre todo la ligada a algunas de las propuestas de la relatividad, son un buen ejemplo de lo mencionado por Ladrrière.

Quisiera, pues, volver unos momentos al descubrimiento de la fisión nuclear en 1939. Como bien sabemos dicho descubrimiento confirma la ecuación de Einstein, $E=mc^2$. Es decir, utilizando esta ecuación, Lise Meitner y Otto Frisch logran calcular la energía liberada en caso de que el núcleo de uranio hubiera sido dividido como efectivamente lograron determinar. Esto dio inicio a la era nuclear.

Pero el inicio de la era nuclear es uno rodeado de profundas interrogantes donde confluyen voluntades e intereses de muy diversa índole. Solamente citaré los más importantes. Por un lado, el temor de muchos científicos inmigrantes, detractores del régimen nazi e, inclusive, perseguidos por dicho régimen de que, si este descubrimiento se había llevado a cabo por científicos que permanecían en Alemania durante la II Guerra Mundial, había la posibilidad de que estos científicos alemanes fueran capaces de desarrollar un arma que le daría a su país una superioridad militar gigantesca. Por otra parte, una vez enterados de la posibilidad de construir un arma de tal poder, los militares y los políticos aliados, sobre todo los estadounidenses, vislumbraron la oportunidad de ganar la guerra de forma contundente. En el caso de los Estados Unidos, se otea la perspectiva de alcanzar una ventaja militar que los pueda catapultar como potencia de primera magnitud en el ámbito internacional.

Aquí podemos ver varias aristas del asunto ético con respecto a las consecuencias del desarrollo de las armas nucleares durante el conflicto armado de los años cuarenta. Volviendo al planteamiento de Ladrrière, primero que nada, el descubrimiento antes mencionado extiende el dominio ético desde el momento en que propone ámbitos de acción en los que los seres humanos no habían sido capaces de intervenir anteriormente. En otras palabras, ahí donde los seres humanos encontramos un radio de acción inédito, vemos nuestra libertad ampliada y, por tanto, la voluntad se ve convocada a ponderar y proponer el mejor rumbo de acción en este nuevo horizonte de posibilidades.

En efecto, el Proyecto de Ingeniería Distrito de Manhattan se inicia, en buena medida, a instancias de Einstein, quien había sido convencido por Leo Szilard³ para que firmara una carta dirigida al presidente estadounidense Franklin Delano Roosevelt poniéndolo en autos de la importancia estratégica y militar del descubrimiento de Meitner, Hahn y Strassmann. Estando en guerra y, siendo muchos de los científicos fugitivos del régimen nacional socialista alemán por diversas razones, sentían como su deber alertar a los aliados de un peligro como ese. Es posible, pero eso no lo sabremos con certeza, que también operara en algunos de ellos la vanidad de conseguir algo de tal trascendencia antes que sus potenciales competidores.

Así pues, suponemos que en Einstein, Szilard y otros, en principio, se impone no solamente la importancia estratégico-militar de las posibilidades que les ofrecía la ciencia del momento, sino la obligación moral de contribuir a vencer un peligro de grandes proporciones para muchos pueblos y culturas, como podría ser el caso que ellos lo estuvieran percibiendo.

Nos podemos preguntar: ¿cómo puede ser moralmente aceptable haber propuesto la construcción de un artefacto tan destructivo? En este caso, para muchos de estos jóvenes científicos las consecuencias en términos de destrucción posible eran preferibles a que un régimen como el nazi pudiera imponerse en el mundo.

Cuando finalmente, en 1942, se inicia la construcción de la bomba nuclear muchos de los científicos que estaban enterados de los fines y la magnitud del proyecto suponían ingenuamente que esta solamente se usaría en caso de que fuera absolutamente necesario. Esto es, en caso de que Alemania no se rindiera después de terminada la construcción de la bomba. Muchos de ellos no habían siquiera pensado en que esta pudiera ser eventualmente usada contra Japón, ya que no se le consideraba con la suficiente capacidad tecnológica como para competir por la construcción de la bomba. En otras palabras, a muchas de estas personas les movía el interés científico-tecnológico y la posibilidad de usar su logro más como un recurso persuasivo que se usaría únicamente en casos muy extremos.

No obstante, sabemos que la historia fue muy otra. Ya para 1945 es evidente para los científicos más beligerantes que la bomba será usada sin importar que Alemania ya se hubiera rendido. De esta forma pues, nuevamente vemos como no solamente el horizonte de acción ha sido ampliado por una nueva tecnología, sino que la existencia de dicha tecnología y las consecuencias de su uso sin duda proponen nuevos problemas de tipo ético a quienes se aprestan a la reflexión sobre su uso. Decimos que esta nueva tecnología engendra nuevos problemas éticos, pues tanto el ámbito de acción que abre dicha tecnología, como su capacidad de destrucción nunca antes imaginada requieren soluciones que no pueden ser plenamente brindadas por las reflexiones éticas hasta entonces elaboradas. Ya en un memorando de Niels Bohr al

presidente Roosevelt en julio de 1944, lo apunta de la siguiente manera:

"Al paso que las investigaciones científicas van avanzando en este campo del saber, se advierte con claridad cada vez mayor que a tal objeto no bastan las medidas usuales; y que sólo se puede evitar la perspectiva de un futuro horrendo (...) por medio de un acuerdo mundial basado en una auténtica lealtad recíproca"⁴.

También encontramos reflexiones motivadas por el problema de cómo utilizar esta tecnología en el Informe Franck. Elaborado por siete científicos liderados por James Franck, este documento intenta persuadir al gobierno estadounidense de la prudencia de no lanzar dicho artefacto contra Japón. Vale la pena destacar aquí el reconocimiento de que los científicos ya no pueden abstraerse de las preocupaciones éticas, políticas y sociales que engendra su trabajo:

"En otros tiempos los científicos pudieron rechazar toda responsabilidad inmediata respecto al uso que la humanidad hiciera de sus descubrimientos desinteresados. Ahora, en cambio, estamos obligados a adoptar una postura activa ya que los resultados que hemos conseguido en el campo de la Física nuclear están relacionados con peligros muy superiores a los de los descubrimientos de antaño"⁵.

A pesar de que se nota en dicho documento la preocupación por las espantosas consecuencias en términos de vidas inocentes sacrificadas, los argumentos de dicho documento son sumamente débiles. Sobre todo, llama la atención que la mayor parte de la argumentación del mencionado informe se centra en la pérdida de autoridad moral que traerá como consecuencia el que Estados Unidos utilice formas tan destructivas para terminar con una guerra. De hecho, estos más bien aconsejaban una demostración a las autoridades japonesas en un área alejada, demostración que serviría de advertencia y ultimátum a dichos enemigos. Así pues, la mayor parte de la retórica empleada en este informe lo hace parecer más como un abordaje desde preocupaciones puramente estratégico-políticas, que de preocupaciones ético-morales.

No obstante, creo entender que el apremio por prevenir un inminente ataque contra blancos civiles de un país ya extenuado les hacía poner mayor énfasis en esa retórica que, en su ingenuidad, inexperiencia y, posiblemente, sentimiento de culpa, les parecía más efectiva. Esto no parece excluyente con una preocupación ético-moral genuina, que es lo que, a mi parecer, reconoce la cita arriba expuesta.

También llama la atención la propuesta de establecer controles internacionales y supranacionales para el uso de dicha tecnología y los materiales necesarios para su elaboración, al igual que lo había hecho Bohr como ya mencioné. Mi lectura de dichas propuestas es que, dentro de su perspectiva ingenua y culpable, no encuentran mayor creatividad que la de proponer dichos mecanismos. Nuevamente, pensando en Ladrrière, el "cambio en el modo de plantearse el problema de la determinación de las normas" más bien me parece presente aquí, aunque con pobres resultados.

Lo que veo es que ciertamente su falta de profundidad en la reflexión ética no los lleva a plantear nada alternativo a los enfoques tradicionales de la ética académica, pero sí creo la propuesta de controles internacionales es novedosa en el sentido de que entiende que posiblemente haya que buscar mecanismos para lograr que en esta ampliación en el ámbito de la acción humana sean más efectivos. En otras palabras, me parece que se apunta a la necesidad de plasmar en forma legal una preocupación moral aunque esta sea poco elaborada.

Sabemos que la retórica del Informe Franck no tuvo el efecto por ellos deseado, ni en la prevención de las masacres de Hiroshima y Nagasaki, ni en el control del uso de dichas tecnologías⁶. No obstante, muchos hombres y mujeres de ciencia siguieron con sus esfuerzos para plantear nuevas formas de reflexionar sobre las implicaciones éticas de las nuevas tecnologías. Uno de los casos más famosos y reconocidos es el del físico Joseph Roblat, quien abandonó el proyecto de la bomba y se dedicó a alertar a la ciudadanía y la comunidad científica ante el peligro de la tecnología nuclear con fines bélicos. Este también ayudó a fundar la *Asociación de Científicos Atómicos del Reino Unido*, quienes se dedicaron a difundir una exposición itinerante sobre los usos perjudiciales y beneficiosos de la tecnología nuclear⁷. Por estos esfuerzos Roblat se hizo acreedor del Premio Nobel de la Paz en 1995.

Por otra parte, los firmantes del Informe Franck junto con otros colegas fundaron en Estados Unidos, a finales de 1945, el *Boletín de Científicos Atómicos*, una de las publicaciones periódicas más prestigiosas del debate nuclear. También es importante mencionar la participación activa de la *Federación de Científicos Americanos* durante los ensayos de las bombas termonucleares en el atolón de Bikini y posteriormente a eso.

Otro caso digno de mención es el de Lise Meitner, quien se negó a participar en el Proyecto Manhattan por consideración precisamente al alcance de dichos armamentos. Para ella la física no debía usarse para fabricar armas, de tal forma que no es del todo cierta la especulación de Otto Hahn sobre los posibles escrúpulos de Meitner para fabricar armas que podrían usarse contra Alemania. También fue Meitner una de las primeras en hacerles notar a sus colegas que permanecieron en Alemania la terrible responsabilidad que recaía sobre ellos por las atrocidades cometidas por su país durante el conflicto⁸.

Por último, quiero mencionar que también a los científicos que permanecieron en Alemania durante la guerra les alcanzan finalmente las consideraciones éticas que implicó su trabajo. Y es que la mayor parte del trabajo pionero conducente al desarrollo de la tecnología nuclear de los años cuarenta, tanto en términos teóricos, como experimentales se había hecho en Alemania. Ciertamente algunas de las reflexiones que recoge Heisenberg en "La responsabilidad del investigador" son poco satisfactorias. Sin embargo, estas también denotan esa pérdida de inocencia de la gente de ciencia durante el siglo XX y el reconocimiento, al igual que en los casos arriba mencionados, de la necesidad de involucrarse en la búsqueda de respuestas⁹.

En conclusión, hemos visto como resultados teóricos de la física contemporánea han dado pie a creaciones de índole tecnológica de gran impacto en la reflexión ética. Este impacto se produce no solamente por el hecho de que ensancha el horizonte de la acción humana, sino porque, como en el caso de la tecnología nuclear, no es posible abarcarlo en su totalidad con los antiguos enfoques. Muy notorio es que, con el desarrollo de la ciencia y la tecnología contemporáneas, la ética no es solamente un campo de reflexión de quienes nos dedicamos profesionalmente a la filosofía, sino que debe ser elaborado en conjunto con los científicos, los expertos y la ciudadanía.

BIBLIOGRAFÍA

- Bohr, Niels. "Memorandum dirigido al presidente Roosevelt, en julio de 1944", en Robert Jungk (1976). *Más brillante que mil soles*. Traducción de Ana M. Schluter Rodés. Segunda edición. Barcelona: Librería Editorial Argos, S.A.
- Franck, James et al. "El 'Franck Report'. Una comunicación al Ministro de Guerra, junio de 1945", en Robert Jungk. Ídem.
- Heisenberg, Werner (1972). "La responsabilidad del investigador (1945-1950)", en *Diálogos sobre la física atómica*. Traducción de Wolfgang Strobl y Luis Pelayo. Segunda edición. Salamanca: Biblioteca de Autores Cristianos.
- Ladrrière, Jean (1978). *El reto de la racionalidad. La ciencia y la tecnología frente a las culturas*. Traducción de José María González Holguera. Salamanca: Ediciones Sígueme.
- Paterson, Walter C. (1986). *La energía nuclear*. Traducción de Pedro Costa Morata. Segunda edición. Barcelona: Ediciones Orbis.
- Rotblat, Joseph. "Por qué abandoné el proyecto de la bomba", en Len Ackland y Steven McGuire (1987). *La edad nuclear*. Traducción de Juan José Utrilla. México: Fondo de Cultura Económica.
- Sime, Ruth Lewin (1996). *Lise Meitner: a life in physics*. California: University of California Press.

NOTAS

¹ De acuerdo con Ladrrière: "Se plantea un nuevo problema [ético] cuando se encuentra una situación inédita, respecto de la cual los criterios disponibles no parecen pertinentes o los métodos utilizados hasta el momento para formar los criterios pertinentes se revelan inaplicables". *El reto de la racionalidad*. P. 138.

² Jean Ladrrière. Op. cit. P. 136.

³ Esto según la versión de Einstein y Teller, de acuerdo con Szilard, Einstein dictó el texto de dicha misiva (Robert Jungk. *Más brillante que mil soles*. Capítulo VI). La otra versión que circula es la del general Leslie M. Groves, jefe militar del Proyecto Manhattan, en su libro *Now it can be told*; de acuerdo con este, quien convenció a Einstein y redactó la carta fue Alexander Sachs, consejero de Roosevelt.

⁴ Niels Bohr. "Memorandum dirigido al presidente Roosevelt, en julio de 1944".

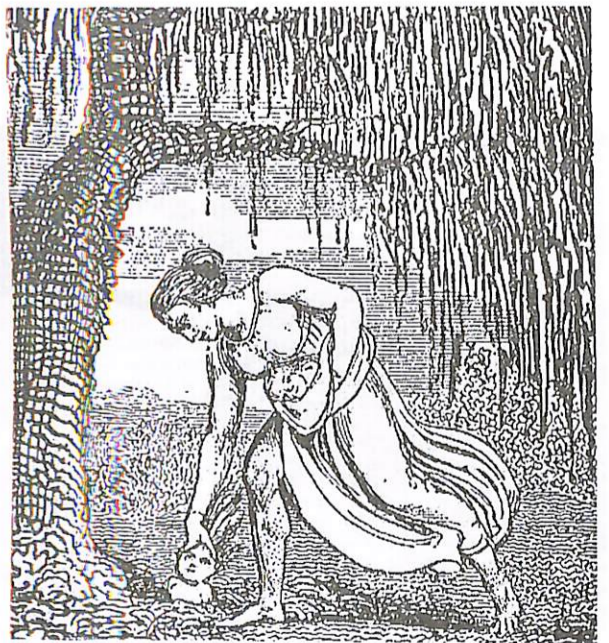
⁵ James Franck et al. "El 'Franck Report'. Una comunicación al Ministro de Guerra, junio de 1945".

⁶ Aunque sí fue bastante acertado en cuanto al orden mundial que reinaría una vez que los bombardeos fueran efectuados. De hecho, la famosa Ley McMahon vino a confirmar algunas de las preocupaciones apuntadas en el Informe Franck.

⁷ Véase Joseph Rotblat. "Por qué abandoné el proyecto de la bomba".

⁸ Véase el capítulo 12 de la obra de Ruth Lewin Sime. *Lise Meitner: a life in physics*, en especial las páginas 304 y ss. En cuanto a la claridad que tuvo Meitner al respecto de la responsabilidad que implica la pasividad ante el estado de cosas en Alemania es de particular interés la referencia a sus discusiones con Otto Hahn al respecto en la página 304, también la carta dirigida a su amiga la física sueca Eva von Bahr-Bergius citada en la página 308.

⁹ Véase Werner Heisenberg. "La responsabilidad del investigador (1945-1950)", es de especial interés la diferencia entre el investigador y el inventor que von Weizsäcker introduce en el diálogo que sostuvo con Heisenberg a raíz de la noticia del bombardeo de Hiroshima.

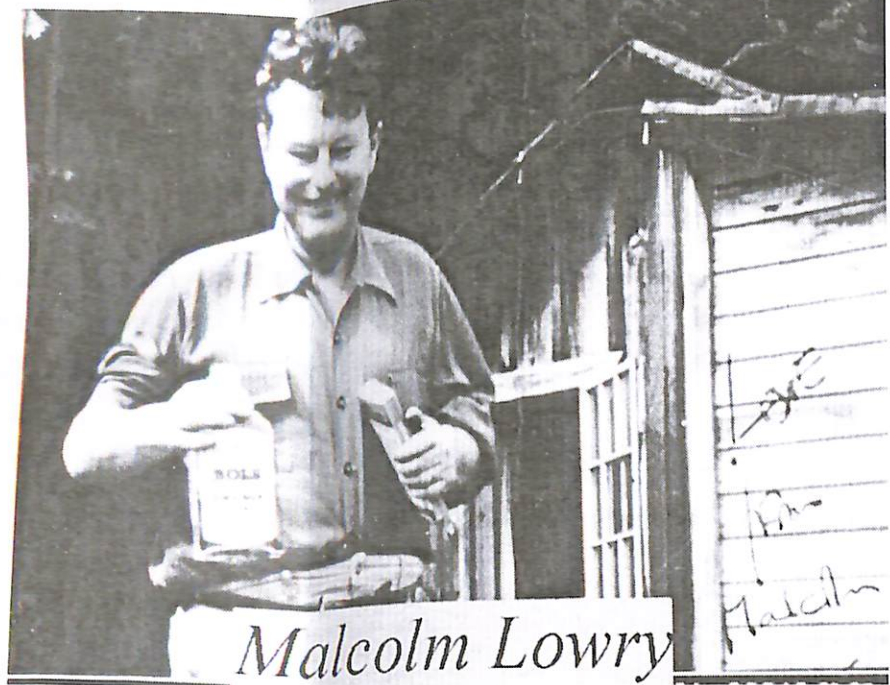


Malcolm Lowry

(1909-1957)



Guillermo Cabrera Infante



Tres libros del siglo XX conozco que no son ni un poema largo (como *Los Cantos de Maldoror*, por ejemplo) ni una novela, sino libros-poema, aunque participen de la forma informe de la novela. Estos poemas-libro son *La muerte de Virgilio*, de Hermann Broch, *Paradiso*, de Lezama Lima y este *Bajo el Volcán*, de Malcolm Lowry. No puede haber libros más disímiles. Hasta están escritos en idiomas diferentes. Sin embargo aparece en ellos, fulgurando, esa intensidad expresiva que raramente consigue la prosa y debe estar siempre presente en la poesía, y a la vez su idiosincrasia narrativa los separa como un abismo de la pura poesía y aún del poema épico, del romance o de la novela rimada, como en Robert Browning. Los tres, cosa curiosa, son libros que presentan problemas de penetrabilidad. Es imposible penetrar a fondo *La muerte de Virgilio*, tal vez el libro más oscuro del siglo en un siglo que adora *Finnegans Wake* (de James Joyce) por su oscuridad y cuando las novelas de William Faulkner, hechas de oscuro frenesí, ganan el premio Nobel. Es difícil penetrar *Paradiso*, pero una vez que se entró en esa manigua cubana se pierde uno en un paraíso de palabras, de pura prosa metafórica. Pero cuando se penetra *Bajo el Volcán*, ayudado por el engañoso, fácil Baedeker con que comienza, es difícil salir de esta maraña patética que finalmente se vuelve trampa trágica para el protagonista y el inadvertido lector. *La muerte de Virgilio* es el poema de la vida creadora como última frustración del poeta, verdadera tragedia en que el héroe, Virgilio por sus virtudes poéticas, intenta destruir su creación que es su destino y abolir su inmortalidad con su muerte. *Paradiso* o la educación del poeta criollo es un libro alegre por contraste, como un canto comparado al lamento de *La muerte de Virgilio* y al aullido de *Bajo el Volcán*, donde el Cónsul Firmin, poeta fracasado, hombre fracasado, está condenado al infierno que le espera bajo el volcán Popocatepetl, en la barranca a donde va a dar su cadáver, como un perro, con un perro: condenado no solo por defectos visibles y por sus virtudes ocultas, sino por una voluntad de autodestrucción contraria a los preceptos de su religión (Firmin no es un pagano, ni siquiera lo parece en México) y aún más, a la civilización que esa religión creó y en la que nació y vive. Aunque convive con el culto indio a la muerte como código de vida, el Cónsul no puede suicidarse y busca que lo mate el mescal o en su defecto, otro mexicano más letal.

Post vomitum omnia animalia trista sunt, pero el Cónsul puede beber mucho más mescal de lo que quisiera vomitar, el vómito, el único acto físico que es a la vez metafísico: desde la náusea inicial hasta la arcada última todo puede ser una respuesta sin pregunta. ¿O es para Firmin la pregunta la propia vida, una tragedia sin héroes, sin virtudes, solo con faltas que son siempre castigadas por diversos dioses con la misma muerte? Esa es la vida del Cónsul, su vía estrecha. Pero la tragedia de Geoffrey Firmin, como la tragedia shakespeariana, está llena de risas y sonrisas y de guiños de ojo. Hay que tener un corazón de piedra verde para no reír al menos sonreír con las calamidades del Cónsul, ese procónsul. Además de que el idioma español, sabiamente tejido en la trama inglesa y el ambiente indio, es de un contraste crónicamente humorístico y metafórico como el diálogo esencial de esos dos mexicanos que caminan calle abajo al principio del libro y el introductor de la trama, coro francés de la tragedia inglesa, los oye pasar conversando, indios sin levita porque visten solo harapos, gravitando leves sobre un tema profundo como el abismo que bordea el pueblo, diciendo en esa voz alta mexicana que es siempre un susurro: "perfectamente borracho", dice uno "completamente fantástico", dice otro. "Sí, hombre, la vida impersonal". "Positivamente", dice el último de ellos, obviamente un positivista zapoteca. Este es para mí uno de esos cómicos intercambios posibles solamente en México, en América del Sur y, ¿por qué no decirlo?, en España, donde aún hay gente de pueblo que habla como escribía Unamuno: ¡pero que ocultos son esos analfabetos!

De entrada hay que admitir, sin embargo, a pesar del humor ubicuo, que *Bajo el Volcán* es un documento doloroso.

Digo documento ahora y no novela o libro o poema porque precisamente la idea de documento —un testigo, un testimonio— como un tratado social es bien ajena a este libro poema. No es posible hablar aquí de una *tranche de vie* como una sombra sola sino, al contrario, se cuenta la vida, pasión y muerte de un personaje, es decir, de un ente literario, absolutamente ficticio que no existe más que en el libro. Pero veo que no hay manera de ocultar que este es un libro infeliz, incluso trágico y ante su tapa como una tapia de tumba siempre abierta declarar en señal de respeto: *lasciate omnia frivolezza voi ch'entrate*.

No tengo la menor duda de que si se hace una inútil lista de las cien mejores novelas del siglo, *Bajo el Volcán* estará en ella. Es más, no dudo que Lowry, escritor de un solo libro en realidad, será leído cuando su prolífero compatriota y exacto contemporáneo Graham Green haya ido a parar al limbo del olvido que merece, donde hoy están Trollope o John Galsworthy, sus paisanos populares de otrora. Lo digo porque Lowry resulta todavía un huésped embarazoso en todas las historias de la literatura inglesa: ese que vino a cenar sin estar invitado y de colmo se aparece despeinado, sin afeitarse y llevando un pobre apéame —un de diario cuando todos los invitados están de smoking— y todavía se sienta conspicuo en un rincón, polvoriento y cubierto de olvido. Pero Lowry mismo padecía una curiosa manía persecutoria, una de las formas de su paranoia, sin duda, alimentada por el mal mescal suyo de cada día. En esta obsesión lo perseguían la fama y la fortuna de *El fin de semana perdido* de Charles Jackson (anoten ese nombre inolvidable), novela publicada cinco años antes que *Bajo el Volcán*. Este otro libro trata, hay que recordarlo, del último fin de semana de un dipsómano incurable que es a veces un cleptómano y siempre parece pederasta en Nueva York, lo que es más fácil que parecer poeta. Es también un suicida, como el Cónsul. Esta novela, un *bestseller* ruidoso en su tiempo, lo que nunca ha sido *Bajo el Volcán*, fue llevada al cine por Billy Wilder y Ray Milland, con gran éxito de crítica y de público, inmortalidad efímera que tampoco ha conseguido Lowry, ni vivo ni muerto, a pesar de la intervención de quien escribe, uno entre los muchos ilusos que han querido proyectar *Bajo el Volcán* sobre una pantalla.

Pero a *El fin de semana perdido* (o *Días sin huella*, como se llamó la película del libro en español) no la recuerda ya nadie, ni siquiera como vehículo de actores laureados con esas estatuillas doradas que usurpan el nombre de Oscar Wilde. Ni aún si usó el recurso nemotécnico de su momento más memorable, esa imagen en que el borracho Dom Birnam, forzado a ver una representación de *La traviata* y atrapado entre espectadores, llegada la famosa aria del brindis, ve en escena no tenores ni sopranos disfrazados, sino a innumerables capas de agua bailando solas, alegres por la botella de whisky que cada una lleva en el bolsillo impermeable. Y sin embargo, henos aquí hoy brindando con el poderoso mescal de la memoria, haciendo el elogio fúnebre de Malcolm Lowry y al mismo tiempo exaltando su obra maestra, porque las obras maestras, ya se sabe, no mueren, solamente duermen, como demostró *Moby Dick* y toda la obra de Shakespeare, y despiertan de cuando en cuando, como bellas durmientes, asombradas de asombrarnos con su resurrección, cosa de todos los días para ellas. Esa es la magia de la literatura, hada madrina que acoge a la obra más repudiada, la intocable, la criada que nunca responde y la hace la más preciosa princesa, con el tiempo. Como ironía cruel quiero revelar ahora que Charles Jackson, esa némesis particular de Malcolm Lowry, como su personaje Dom Birnam, se suicidó en Nueva York hace unos años, Lowry, imitando al Cónsul Firmin, tomó años antes unas cuantas pastillas para dormir para morir. No consiguió matarse (Lowry era un chapucero) pero murió en el intento. Los somníferos insólitos no fueron suficientes para matarlo, pero sí lo mató el alcohol habitual. Combinado con los barbitúricos se le produjo un violento espasmo de la glotis y murió asfixiado, en una suerte de garrote invisible. El Cónsul, a su vez, va en busca de la muerte y no consigue más que un matón mexicano termine su vida a balazos, casi cantando el corrido que explica: "El día que la mataron, Rosita estaba de suerte / de tres tiros que le dieron, uno solo era de

muerte". Poco antes de caer muerto el Cónsul tiene tiempo de murmurar: "¡Que manera miserable de morir!" Ese podría ser el epitafio de Lowry, si no fuera que Firmin tuvo una manera miserable de vivir en el libro, pero fue Lowry quien escribió espléndido *Bajo el Volcán* no el Cónsul Firmin, poeta impotente, y ese acto de creación redime a Lowry y sus mil mescales miserables.

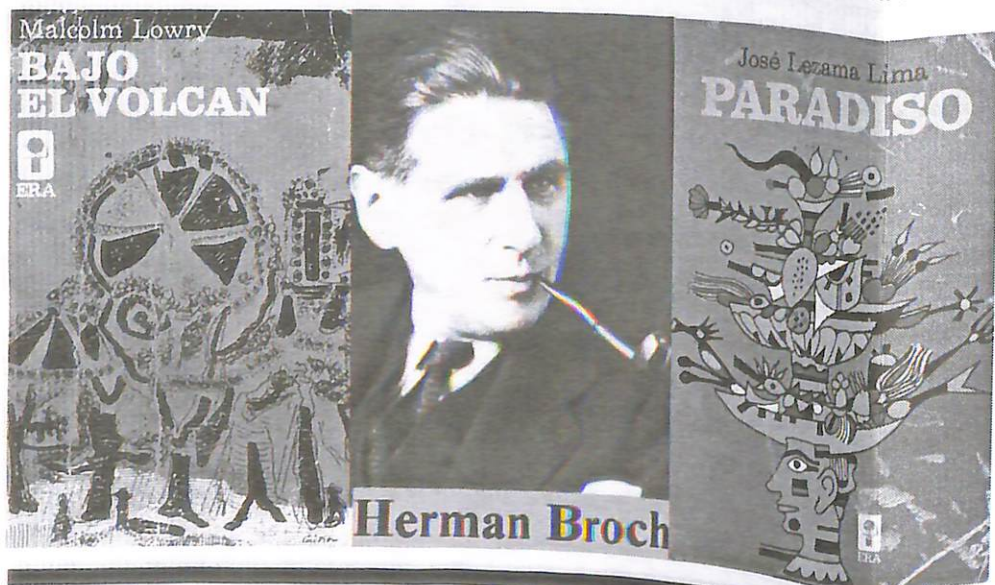
Bajo el Volcán es un libro, como una muñeca rusa, que contiene otros libros: entre ellos *El infierno* de Dante. *El Fausto* de Marlowe no el del pomposo Goethe, y también, ambición de ambiciones, un tercer testamento, que termina como un recordatorio de *El paraíso perdido*, mal de Milton: "¡Le gusta este jardín que es suyo? Evite que sus hijos lo destruyan". Solo que este aviso a Adán es un cartel, leído por el propio Lowry en alguna parte de México, país donde para no permitir aparcamiento con material de construcción se escribe este letrero: "Se prohíbe a los materialistas estacionarse en lo absoluto". Física y metafísica mexicana. Así las grandes ambiciones literarias lowrianas se resuelven con una cita no del libro sagrado sino de un pobre cartelista indio cuya gramática es dos veces parda. El Cónsul, entre mescales, atisba la poesía popular posible en una cantina donde una imagen de la inmortalidad es una vieja que juega solo al dominó a las siete de la mañana, todos los días. Esa visión es una de las razones que ofrece el Cónsul a su mujer para beber irracionalmente por la mañana, por la tarde, tarde en la noche: siempre: su Meca y meta es el mescal.

Pero, ¿por qué bebe el Cónsul Firmin? Hay diversas respuestas que son otras interpretaciones, desde el fácil freudianismo que propone que el Cónsul quiere regresar al útero (tan risible como pensar que se trata de otra celebración de la Divina botella, esta vez llena de mescal), a la que habla del suicidio crónico, de un hombre que quiere acortar el viaje de su vida por la trocha del alcohol (que es la explicación oída más a menudo), hasta a aquella que revela que el Cónsul enmascara su impotencia con más mescal (otros, más médicos, diagnostican que el Cónsul es impotente con su esposa Ivonne porque bebe demasiado, olvidándose de que en su día fatal el Cónsul fornicó con una puta llamada María, aquella que le ofrecen como si fuera una versión de la Virgen: "¡Quiere María?— o tal vez como otro licor exótico, ¿quiere Tía María?"). Pero no hay otra respuesta posible que esta, me parece, a la repetida, ineludible pregunta: ¿por qué bebe realmente el Cónsul Firmin? Bebe para que Malcolm Lowry escriba un libro. O dicho de otra manera, Lowry bebía para que el Cónsul viviera y muriera, no una vida digna ni una muerte heroica sino la vida dantesca en la muerte eterna de quien está ya en el infierno. Todo *Bajo el Volcán* es la ilustración de una breve escena del *Doctor Fausto*. Es ese intercambio entre Lucifer y Fausto, a quien promete el primero: "Silencio, Fausto, en el infierno hay toda clase de delicias" y Fausto se regala con un deseo desesperado: "Ah, poder ver el infierno y regresar sano y salvo, ¿qué feliz me haría!" Pero es el teniente del diablo, Mefistófeles, quien se encarga de iluminar a Fausto que pregunta insistente dónde está ese infierno prometido, tan temido, tan querido, ¿cómo es que ese agente condenado, Mefistófeles, está fuera del infierno? Responde malicioso Mefistófeles: "Pero este es el infierno, Fausto y no estoy fuera de él". Aquí está la respuesta a los buceadores del alma del Cónsul, para aquellos que la buscan como si este libro fuera una novela rusa. El corazón, es decir, el motor central del Cónsul, está en una botella como el efrít árabe de *Las mil y una noches* y es allí donde hay que encontrar su espíritu libre y a la vez prisionero.

La inspiración de Malcolm Lowry no es la mala metafísica de Marlowe sino su gran poesía, su dominio del poema dramático, lo que Ben Johnson llamaba su verso poderoso. *Bajo el Volcán* es esa imposibilidad o ese anacronismo poético: una novela isabelina. Así es que Lowry refuerza el tema del círculo infernal oculto en la barranca dantesca, Malebolge, con una cita de Marlowe que describe la vida del Cónsul en una sola línea y al mismo tiempo la expresa en términos poéticos poderosos: "Cortada está la rama que pudo crecer toda derecha". Sé que al traducirla no hago justicia a Marlowe, pero espero haber rendido justo homenaje a *Bajo el Volcán*, una obra maestra en que el inglés moderno alcanza su expresión poética extrema, ayudado curiosamente por el español en un contrapunto que quizás la traducción destruya, o tal vez refuerce. Malcolm Lowry estaba tan enamorado del español como preocupado con sus traducciones, que no fueron tantas como mereció en vida.

Pero Malcolm Lowry tenía razón para la sinrazón de su paranoia. Oigan estas estadísticas mortales. Lowry sometió su libro a trece editoriales americanas antes de que fuera aceptado en su última versión y publicado en Nueva York en 1947. Al revés de *The Lost Weekend*, versión barata, *Bajo el Volcán* no solo fue un *bestseller* sino que fue acogido por la crítica con una frialdad rayana, en la indiferencia absoluta, que todavía dura. Una popular enciclopedia literaria americana, que por otra parte es bastante decente (al menos me menciona), cuando uno busca en ella a Lowry, Malcolm, envía al lector a otra parte, virtualmente, al exilio eterno, a la literatura canadiense, si es que tal cosa existe. Lowry, por supuesto, era tan canadiense como Juan Ferrat, que pasa el invierno en Alberta por pura perversidad. Pero con alevosía, al residir Lowry en Canadá un tiempo, esta enciclopedia lo localiza en ese limbo en que Pierre Trudeau mira caer la nieve todo el año. Otro diccionario de literatura, esta vez inglés, dice que *Bajo el Volcán* es un libro caótico, sin caer en cuenta que ese caos es el de la creación.

Es tiempo, creo, de hablar someramente de Lowry, la persona. Lowry el escritor es Lowry el autor de *Bajo el Volcán* y es una metáfora de su vida. Según el propio Lowry el *Volcán* no tiene más que un sujeto, él mismo, y es una fantasmagoría inspirada por el mescal. Lowry comenzó el *Volcán* en 1936 y de veras debió antes ser esclavo del mescal, esa bebida en la que el alcohol se acerca peligroso a las drogas. Lowry hablaba desde la concepción de su libro de las posibilidades poéticas (el



subrayado es mío) del Volcán y decía que su novela se debió leer como una historia que se puede leer a saltos o una historia de la que saca más el lector si no da esos saltos. Para él el libro era una sinfonía o una especie de ópera o una ópera vaquera, es decir, un oeste. O música cálida (como el jazz), un poema, una canción, una tragedia, una farsa, y todo eso y más es *Bajo el Volcán*, pero esencialmente es un poema dramático. O mejor, una tragedia en verso en prosa. Lowry, tan ambicioso en la escritura como en la lectura, no pide como otros autores una segunda lectura de su libro sino una tercera y tal vez una cuarta y una quinta. Por razones profesionales he leído *Bajo el Volcán* unas seis veces y como una selva salvaje de palabras que resultó siempre penetrable, impenetrable, inextricable, laberíntica, bosque del que no se sale a menos que se dejen señales detrás para el regreso, como si el ocupado lector fuera Hansel y Gretel a la vez de la lectura.

Bajo el Volcán (*Under the Volcano*, título espléndido en inglés) ha resultado para mí un libro atroz, admirable, adictivo, adelantado y anónimo como el folklore y al mismo tiempo tan personal como un poema de Baudelaire, un cuento de Poe o una página de De Quincey, precisamente de sus *Confesiones de un comedor de opio inglés* o *Confesiones de un inglés o comedor de opio* o *Confesiones de un comedor inglés de opio*.

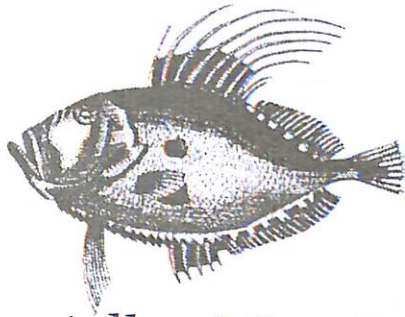
Como gustéis. Loado sea el láudano. *A chacun ses gouttes*. Milagroso mescal que induce, como el opio, sueños creadores, pesadillas literarias, antes de matarte. No es por casualidad que el vecino inglés del Cónsul en Cuernavaca se llama De Quincey. Y la simbología de los nombres es esencial para apreciar *Bajo el Volcán*, donde el personaje central, nada firme, se llama Firmin. Su amigo médico es un tal Dr. Vigil, que pronunciado a la inglesa resulta ser el Virgilio de este infierno que el Cónsul se apresura a declarar que no es Cuernavaca ni México ni el mundo sino la vida misma, y central a la vida humana, el corazón del hombre, es decir, de las tinieblas. Pero la muerte es en realidad, como siempre, quien tiene la última palabra y pronuncia el primer nombre.

Bajo el Volcán está lleno de zopilotes, los buitres mexicanos, y el libro comienza el Día de Difuntos de 1939, que sirve para recordar circularmente el Día de Difuntos del año anterior, cuando murieron el Cónsul y su mujer Ivonne, que regresó a rescatarlo para la vida y halló la muerte a manos del Cónsul por trasmano, ese destino chambón. La matanza mutua de la Guerra Civil española se ve invocada a menudo por el hermano del Cónsul, Hugh, que viene de ella para encontrar a su hermano mayor increíblemente disminuido por la bebida, por la vida. Hay una frase memorable a los protagonistas y al lector, una entre tantas, antes del reencuentro de Ivonne con el Cónsul, inevitablemente, en una cantina temprana: "*Van a transportar un cadáver por expresso*", dice una voz desenchajada pero reconocible. Esa frase es para Lowry una metáfora del libro, la metáfora de la metáfora. Al principio del paseo recordatorio del productor de cine francés amigo de infancia del Cónsul y amante ocasional de su mujer, aparecen dos descubrimientos esenciales al libro y al hombre. Laruelle, ese es el nombre del cineasta —casi escribe Lowry la *rouelle*— recibe un libro del Cónsul olvidado en un cine, el *Dr. Faustus* de Marlowe, ¿qué otro libro si no? En el viejo tomo hay una carta más olvidada que el libro, escrita por el Cónsul a Ivonne un año atrás y nunca enviada, uno de los proyectos imaginarios del Cónsul. Laruelle lee la carta ahora y su lectura se oye como uno de los documentos literarios más desgarrantes, conmovedores y mejor escritos de la literatura inglesa de este siglo (siglo XX).

Leo con permiso por sobre el hombro de Laruelle: "*Noche: y una vez más el nocturno combate con la muerte, el cuarto que cimbra con demoníacas orquestas, las ráfagas del sueño aterrado, las voces fuera de la ventana, mi nombre que repiten con desdén imaginarios grupos que ya llegan, espinetas en la oscuridad*". Poco después de leer la carta dolorosa aparece visible a Laruelle la estrella de neón que es la rueda luminosa de un parque de diversiones. La rueda real se detiene, da marcha atrás la rueda imaginaria y con ese movimiento retrógrado comienza la larga narración del vía crucis del Cónsul que vive en un paraíso natural que ha convertido en artificial primero y luego en un infierno desde el purgatorio del mescal tónico y mortal. El libro es absolutamente trocal. Es decir, tiene la forma de la rueda y gira implacablemente hacia la destrucción y la muerte del creyente, como una *Juggernaut* india. Es por supuesto la rueda del infortunio, un aparato de tortura y el destino cíclico: el único infierno de veras es estar condenado a repetir una y otra vez la vida.

Debo esta lúcida explicación de *Bajo el Volcán* a su autor, el alucinado Malcolm Lowry, el escritor que ninguna literatura reclama como suyo, buscado por unos pocos obsesos que lo leen una y otra vez, ese extranjero en todas partes que no era el gringo borracho que creían las autoridades mexicanas sino tal vez el último gran novelista inglés. Las acotaciones de arriba aparecen en una carta que dirigió Lowry al editor Jonathan Cape en Londres, otro publicista que no entendió su libro, que exigía cortes insensatos o insensibles, que pedía siempre explicaciones que Malcolm Lowry dilucidaba inteligible más allá del mescal. Cape finalmente publicó *Bajo el Volcán* en Inglaterra, para su crédito, para mi regocijo propio que leí esa edición, para el beneficio de ustedes, lectores, que sufrirán y gozarán y nunca olvidarán este libro único. Compreñ un ejemplar. Compreñ dos y regalen uno porque quedarán más. Desgraciadamente, como lo prueban *La muerte de Virgilio* y *Paradiso*, las obras maestras de la literatura se venden siempre como pan duro y frío, hogazas de hogaño que aparecieron antaño, como nieve olvidada, hielo.

Además de la última petición y un lema ("*¡viva Bajo el Volcán este invierno!*"), quiero finalmente repetir lo que otro escritor americano dijo de otro libro inglés en otra época: "*He aquí un libro que por muchos lectores que tenga, nunca tendrá demasiados*".



De la patria del criollo al "graffiti" de la sociedad transnacional, pasando por el Maximón y la carnavalización

(Apuntes y reflexiones sobre las lecturas de Severo Martínez, Roberto Morales, Alexander Jiménez, Jorge Jiménez-Solom Donas y un poquito de Bajrín — "pa' que no les falte")



Adriano Corrales Arias

La Conquista y la Colonia en Guatemala culminan en la Independencia de los nacientes estados centroamericanos (previa fase Federal con matices unionistas al estilo imperial/mexicano —Iturbide y otros) y con la hegemonía étnica y política de un nuevo actor social: el criollo, o mejor dicho, los criollos, quienes realizan la revolución liberal de 1871. Esta hegemonía proviene directamente de la dominación española, la cual redujo a la inmensa mayoría de indígenas a la bajura de esclavos, súbditos, en el mejor de los casos. Ese criollo va a detentar el poder heredado de la colonia rehaciendo e imaginando un país que siempre va a tener el carácter primario de su origen incestuoso: la madre (pater) patria ("Matria"), retomando una relación con el indio de vasallaje, opresión, explotación y discriminación. Dicho en otras palabras: se va a configurar como la clase dominante en un país de mayoría indígena (22 o más etnias con su propia lengua e historia), construyendo la modernidad desde el *apartheid*, a pesar de las reformas liberales de la segunda mitad del siglo XIX. Y va a dar origen a otro incesto étnico-cultural: el ladino (palabra peyorativa si nos atenemos al uso desmedido y pseudocientífico que se hace en Guatemala: ¿hay sectores populares ladinos? ¿Hay sectores de élite indígenas?).

Desde entonces la historia de ese país, otrora asiento de la Capitanía General Española (cuyo síndrome aún no se sacude el imaginario de la clase dominante, y de algunos de sus intelectuales, especialmente en el período oligárquico militar que presupone casi todo el siglo XX, si nos atenemos a sus ínfulas de unionismo centroamericano, pero siempre bajo la conducción de la neocapitanía chapina) ha sido la historia de la exclusión indígena (en su condición subalterna en el marco de un régimen capitalista con serios reductos feudales) y la lucha interétnica, agudizada a partir de los años sesenta (finales de los cincuenta en realidad) con la aparición de las organizaciones político-militares populares, y el inicio de la guerra revolucionaria y su reacción: la guerra de contrainsurgencia del estado y sus aparatos de represión; en donde indios y "ladinos" combatieron indistintamente de acuerdo con sus posiciones político-ideológicas o de reclutamiento militar forzoso. Debemos reconocer, sí, que los grupos guerrilleros constituyeron una base indígena importante, tanto política como militar. Una vez firmados los *Acuerdos de paz* (que de acuerdos solo tienen el desarme —claro, de la escuálida guerrilla, porque el estado continúa armado hasta los dientes— y no así un proyecto democratizador y participativo, lo que no transforma en nada el *statu quo*, sino que más bien lo agudiza con la aplicación multinacional y asimétrica de las políticas neoliberales hegemonizadas por el imperio norteamericano) se ha desatado la polémica en Guatemala acerca de esa lucha interétnica y de la inclusión de los sectores indígenas marginales a la nación. Lucha que desafortunadamente se ha ubicado entre el "mundo ladino y el mundo maya".

Si en algo falla la propuesta de Roberto Morales (*La articulación de las diferencias o el síndrome de Maximón*, Consucultura Palo de Hormigo, Guatemala, 2002) es precisamente en obviar la contradicción implícita entre nación y estado (la cual desarrolla muy bien Alexander Jiménez en su texto *El imposible país de los filósofos*, Ediciones Perro Azul, 2002). El estado está constituido por "el pueblo estatal" ("Staatsvolk"), dentro del cual, según Mao Tse Tung, por citar un dirigente clásico del socialismo real no ortodoxo, habría contradicciones socioeconómicas, y por lo tanto culturales. La nación en cambio "designaría, en principio, una comunidad de procedencia, lengua, cultura e historia" (Jiménez, 2002: 96). En otras palabras, el ámbito político es el del "pueblo del estado" (de los ciudadanos: la ciudad estado), y el cultural el de la nación. El pueblo del estado es el conjunto de sus ciudadanos, compartan o no la comunidad de procedencia, cultura e historia. Por eso dividir la lucha interétnica en Guatemala entre ladinos y mayas no solo es de un reduccionismo conceptual chato, sino de una pérdida de perspectiva histórica, en tanto obvia la lucha de clases y deja de lado las relaciones entre política y cultura (estado/nación), es decir, entre cultura y poder. Dicho en palabras de Foucault y con ribetes marxistas, obvia las relaciones de poder históricamente constituidas dentro de una Formación Discursiva que obedece a determinada Formación Social.

Si bien es cierto que Morales desactiva el esencialismo y el fundamentalismo (para citar sus mismos conceptos) metafísicos de una supuesta identidad mayense —preconizada por algunos dirigentes indígenas e indigenistas— que se opondría al mundo ladino, queda atrapado en esa concepción binaria y propone una suerte de transacción híbrida, al estilo de García Canclini —a quien obviamente debe mucho en términos de su teorización cultural— en una especie de alianza interétnica "popular" ladino-indígena, en una especie de desprende de la concepción metafísica que le asigna a lo "mayense", en tanto evita hablar de las necesarias transformaciones sociopolíticas del estado capitalista en la actual etapa de globalización bajo esquema neoliberal. (Claro, hay que anotar que la propuesta de Morales debe entenderse, ubicarse, mejor aún, contextualizarse, en ese marco de polémica no solo conceptual y teórica en los estudios culturales guatemaltecos y estadounidenses —desde donde ejerce Morales y desea ser protagonista— sino en el ámbito "nacional" en términos políticos, entre la intelectualidad de izquierda —de la cual Mario Roberto es un "renegado" y dispara desde su columna periodística en uno de los diarios "ladinos"— y las instituciones y ONGs, respecto de la

canalización de la ayuda de la cooperación internacional, y un proyecto de "nueva izquierda", por llamarlo de alguna manera, que tenazmente busca las vías de resolución del "problema indígena" no saldado históricamente ni por la "línea correcta" ni por, obviamente, la clase dominante, ladino/oligárquica).

Se trata pues de entender la evolución de lo nacional/popular, en las condiciones de la mal llamada Posmodernidad en un país tan complejo y plural como Guatemala, el cual no ha superado aún la modernidad impuesta por las metrópolis a sangre y fuego, y conserva serios reductos feudales y cacicales. Esa evolución se da en la coyuntura de globalización neoliberal, lo que implica la imbricación de una serie de elementos internacionales vinculados con la realidad guatemalteca y centroamericana. Pero por ello mismo con una serie de preconcepciones en términos de un imaginario "nacional" que no se desprende aún de los discursos de legitimación elaborados en la modernidad. Como lo plantea Alexander Jiménez en su texto, las sociedades actuales necesariamente son heterogéneas, plurales. Y no se debe olvidar la historia en tanto las víctimas sigan presentes en la memoria popular y los victimarios vivos y actuando. Se debe hablar de las luchas por el reconocimiento de la discriminación y la desigualdad. Por eso hay que acudir a las "imaginaciones generosas" para concebir nuevos espacios de cooperación entre individuos, grupos y pueblos distintos, pero no necesariamente desiguales, lo cual no precisamente implica transacción y olvido.

Para el caso de Costa Rica, Alexander Jiménez en el texto ya mencionado, también logra desactivar el discurso legitimador de la filosofía institucional costarricense, que el mismo Jiménez denomina "nacional étnico metafísico" (o "nacionalismo étnico metafísico"), y que nos narra una Costa Rica idílica, "blanca", homogénea, de pobreza igualitaria, con destino democrático, geografía sin excesos y un pasado colonial sin mayores contradicciones, casi "primitiva socialista". Un país ciertamente imaginario. Se trata de revisar algunas tradiciones narrativas que han construido un discurso nacional ahistórico y alejado de las luchas sociales y culturales, es decir, un discurso que topa con límites fácticos y conceptuales. Sin embargo, a pesar del aporte que hace Jiménez por descodificar las "metáforas nacionales" y sus elementos metafísicos, se percibe en el texto una especie de "golpe de pecho", porque los filósofos hasta ahora no habían acudido a la Plaza Pública, sino que han sido los "espectadores del naufragio" desde sus aireados gabinetes de la academia y del pensamiento. Ese "mea culpa" me parece oportuno siempre y cuando se rectifique y se opte por un pensamiento más apegado a los mercados y paredes de la ciudad, y a las calles de polvo y barro del campo. Siempre y cuando se busquen esas otras metáforas escritas en paredes de la propiedad privada exigiendo lo imposible. Esas "pintas" que Jorge Jiménez y Solum Donas (Jiménez, Donas, *Ciudad en Graffiti*, EUNA, 1997) posmodernamente atenúan con el nombre de "graffiti", despojándolas de su contenido sociopolítico y de su práctica contracultural y desmitificadora, precisamente de aquel discurso nacionalista étnico metafísico.

Por lo demás, de alguna manera, el discurso de Jiménez descuida el patio trase-ro histórico, al sospechar, lúcidamente es cierto, de un país imaginario que al final queda desnudo conceptual y políticamente, por lo que, en la actual etapa de globalización bajo esquema neoliberal, podría ser objeto de reelaboración y arbitraje para un nuevo mapa internacional. Dicho de manera más clara: puede ser subsumido por los voraces apetitos transnacionales del imperio y sus nuevas reconfiguraciones geopolíticas. Si el país es imaginario no existe y como no existe nos lo pueden birlar. Así, la incitación justificaría el contrasentido: lo que no existe no se incauta.

Que el filósofo (el académico, el estudioso, el artista, en fin, el intelectual) baje a la Plaza Pública y se empape del realismo grotesco de las culturas populares con sus narraciones hiperbólicas y desinhibidas. Que se alimente de sus imágenes de cartón piedra, de su música de guitarra, tambor, marimba y chirimía. Que pruebe sus bebidas fuertes y se embriague con las carnestolendas de su carnaval multicolor, o en la feria (sin vanidades) del agricultor. Que aprenda a desconstruir y desacralizar los discursos perennes de la superficie para hurgar en la profundidad del sueño y de la poesía. Que se entusiasme con las visiones de pueblos indígenas y mestizos que resisten con su renovación cíclica y su delirio vital para burlar a la muerte con la vida, para agonizar haciendo el amor, procreando nuevos mundos, otras utopías. Para que reconsidere su labor en comunidad. Para que repense su escenario frente a los otros, esos de la voz extraña y ajena que resisten y sobreviven diariamente en su ciudad y más allá, en los campos y en las costas, en el mar. Los que conformaron una nación imaginada, nunca realizada. Aquellos de antes, estos de ahora, los de siempre.

He allí el reto del intelectual centroamericano, hoy casi programado por la falsa globalidad.



TÓPICOS DEL HUMANISMO

Universidad Nacional
Centro de Estudios Generales
Apartado 86-3000
Costa Rica, América Latina
Teléfono 277-3307

MIEMBROS DE LA COMISIÓN EDITORIAL. 2007

Lic. Mayela Cascante Fonseca
Decana, Centro de Estudios Generales
Lic. Rafael Zamora Brenes
Vicedecano, Centro de Estudios Generales
Dra. Zaida Fonseca Herrera
Lic. Enrique Mata
Lic. Maribel León Fernández
Lic. Gerardo César Hurtado Ortiz
Académico y escritor, Presidente de la Comisión Editorial

ARTES FINALES

Víctor Hugo Navarro

La Comisión Editorial de *Tópicos del Humanismo* hace saber:

1. Los artículos deben enviarse en diskette y copia impresa. La extensión de los trabajos no debe exceder de 12 páginas a doble espacio.
2. La Comisión se reserva el derecho de aceptar o rechazar los artículos, reseñas, comentarios, que se sometan a su consideración.

UNA
UNIVERSIDAD NACIONAL
COSTA RICA

Impreso en
el Programa de Publicaciones e Impresiones
de la Universidad Nacional

PRESENTACIÓN

En nuestros tiempos el humanismo enlaza a la ciencia como un concepto dinámico que abarca los períodos históricos y que enriquecen el acervo de la humanidad. Punto vital la ciencia y su desarrollo en la técnica y los desarrollos tecnológicos; indispensable ella hace posible el alcance del tiempo secular: realiza y regula la instancia del hombre contemporáneo en sus manifestaciones por alargar la posibilidad de crear. El hombre sin técnica pierde significado en la actualidad, permite enfocar la distancia para convertir al individuo en el ente perfecto que condiciona el tiempo, lo domina y acontece en las maravillas que posibilitarán su desarrollo en la sociedad, esta última indispensable para la responsabilidad ética. Sin embargo, en esta reflexión la técnica sobrepasa las expectativas del individuo en la sociedad.

En otro aspecto, la reflexión lleva al camino del hombre latinoamericano desde los pensadores que consideran el sentido de lo autóctono y el desarraigo; frente a esta, la posibilidad de respuesta en la búsqueda de la identidad y del pensamiento centroamericano como parte necesaria de la visión solar que significa la patria.

En otro sentido, ese camino y búsqueda nos lo vislumbra la literatura en los intentos de una búsqueda por los subterráneos del alma. En Malcolm Lowry, siempre admirado, siempre rescatado del olvido, nos recuerda que la pérdida del paraíso sobreviene de la culpa interior y por tanto inicio del viaje iniciático en la errancia del hombre en esta tierra. En dado caso, la literatura libera, como lo aproxima este ensayo sobre el novelista Lowry.

Gerardo César Hurtado Ortiz
Editor

Créditos: Portada: Ilustración técnica mixta, color, Sabrina Hurtado Guevara, 2007. • Contraportada: Fresco de la Basílica de San Francisco de Asís, siglo XIII, del libro *The Message of St. Francis, text, and Intr.*, by Sister Nan and Maximilian Mizz, Penguin Studio, Italy, and New York, 1999.